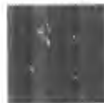


Los imaginarios de la locura

María Inés García Canal *



La locura ha sido percibida, imaginada y concebida de maneras diferentes en distintos momentos de la historia de Occidente. Esa es la tesis que recorre el texto de Michel Foucault *Historia de la locura en la Época Clásica*,⁵⁵ donde establece tres momentos cruciales de quiebre y ruptura en las formas de percibir, imaginar y concebir eso que se dio en llamar “locura”: un primer momento: el Renacimiento, un segundo que denomina Época Clásica y, finalmente, la Modernidad.

El objetivo que persigue este texto no es más que, a partir de una apretada síntesis de esas tres maneras disímiles de imaginar la locura y siguiendo la perspectiva teórico-histórica-metodológica del autor, poder aventurar la manera en que hoy percibimos e imaginamos la locura, ya que para Foucault el valor de los estudios histórico-filosóficos se halla en su capacidad de servir como diagnóstico. Esta es la tarea de la reflexión crítica foucaultiana: por medio de la producción de paisajes históricos descubrir lo que somos, no para contemplarse de manera narcisista en la imagen producida legitimando el presente, sino para descubrir las estrategias que nos produjeron, para romper con esas formas que nos constituyen y dar paso a formas inéditas de ser. El conocimiento del

* Profesora e investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana.

-Unidad Xodrnilco-México, D.F.

⁵⁵ Foucault, Michel, *Historia de la locura en la Época Clásica*, México, F.C.E., 1967, 2 tomos

Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Departamento de Sociología

Esta obra está bajo licencia [Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/argentina/)



pasado ha de servir para sacudir los cimientos del presente, no para retornar al pasado sino en favor de un tiempo futuro. Su reflexión crítica lleva en sí una elección ética y una opción política.

Inicia la historia de la locura en el momento mismo en que la razón se escinde, se separa de la locura, lo que posibilita su emergencia con una fuerza inusitada en la historia de Occidente. La razón aparece como la gran luz que ilumina las densas sombras que oscurecían todo conocimiento. La razón se erige en fuerza de claridad e iluminación.

Hasta fines de la Edad Media, sabiduría y razón se hallaban indisolublemente unidas, en una tensión trágica: la sabiduría tomada en exceso, no era más que locura; en tanto la locura era capaz de expresar un saber y una verdad. Se consideraba que ante la sabiduría divina, la débil razón humana era simplemente locura; en tanto que la insondable sabiduría divina, vista desde el espacio reducido de la razón humana, no era más que locura.

Ya en el Renacimiento, esta tensa convivencia entre razón y locura comienza a desaparecer, la escisión se produce dando lugar a dos campos inconciliables que no se comunican entre sí.

Aparece en la historia ese gesto soberano por el cual algunos sujetos encierran a su vecino y se reconocen a sí mismos “con el lenguaje sin piedad” de la no-locura –al decir de Foucault. Es éste el grado cero de la locura, el momento en que se produce la escisión.

Esta separación, antes de ser discursiva, fue un gesto, un gesto de exclusión y rechazo, que le permitió a la razón enunciarse a sí misma como no loca. “No es más que encerrando a su vecino que uno se convence de su propio buen sentido” (Dostoïevsky)

El punto de inicio, el punto de partida está en el gesto, en sí mismo acto, acción: el acto de señalar y separar al otro como diferente; pero al mismo tiempo que el gesto es acto lleva implícito una forma peculiar de percibir al otro, de imaginarlo, de concebirlo y de enunciarlo como diferente. El gesto sintetiza una práctica, expresa una forma de experiencia, sintetiza una manera de percibir, pensar e imaginar. El gesto, entonces, forma parte de una conciencia práctica⁵⁶ en tanto reacción inme-

⁵⁶ Véase Foucault, Michel, *Historia de la locura... op.cit.*, t. I, p.250. La conciencia práctica nada tiene que ver con juicios, argumentos ni discursos; forma parte de una vivencia, se impone como una realidad concreta en la práctica cotidiana, tiene el carácter de inevitable, es la elección de estar en el grupo o fuera de él, es heredera de los horrores ancestrales, producto del miedo, retoma los viejos mitos, es actuante productora de gestos de rechazo, intenta por la acción dominar el miedo que el diferente provoca. El gesto se impone sin palabras que lo justifiquen. Este tipo de conciencia sintetiza las historias de exclusión, está cargada de los antiguos dramas.

“Los imaginarios de la locura”

diata de defensa que reactiva todas las viejas obsesiones del horror. El gesto, por lo tanto, es resultado de una conciencia difusa que produce al otro, al diferente y lo concibe e imagina como el engendro mismo del mal.

Ese gesto de separación y exclusión de la locura produjo un nuevo fenómeno en Occidente, y provocó, a su vez, la producción y aparición de dos tipos seres: el hombre de la razón y el hombre de la locura, secretó al loco e interrumpió, al mismo tiempo, el diálogo entre ellos: para el hombre de razón la palabra, para el loco el silencio.

El punto de partida de la historia de la locura es ese umbral en que antes que palabras, que discursos, que imágenes, habló el gesto, ese gesto brutal de separación y rechazo, “esos gestos oscuros y violentos por los cuales la cultura occidental rechaza algo que será para ella lo Exterior”,⁵⁷ lo otro, lo extranjero a sí misma para someterlo al silencio.

El gesto es producido por un sentimiento muchas veces dejado de lado en el análisis de los procesos sociales: el miedo. No es posible entender la exclusión si no tenemos en cuenta la capacidad destructora y, al mismo tiempo, organizadora del miedo, miedo que exige gestos de exclusión, reclusión, y aun de destrucción y aniquilamiento de aquel que es señalado como el origen de todos los males, convertido en la expresión misma del mal, de las fuerzas oscuras del universo, representante de lo demoníaco.

Nos interesan los miedos colectivos y especialmente los “nombrados”, en oposición a los espontáneos producidos por las fuerzas indómitas de la naturaleza. La sociedad, en su conjunto, da un nombre a sus miedos: los llamó bárbaro, judío, hereje o apóstata; hechicera, bruja o mujer; leproso, loco, sidoso... musulmán, árabe o terrorista... nacen, así, los miedos colectivos compartidos por todos aquellos que conviven en un espacio y en un tiempo dado. Estos miedos son creados, incentivados y exacerbados por la sociedad que se siente compelida a nombrarlos, a darles una cara, un rostro, un nombre, a exhibirlos, a convertirlos en sus chivos expiatorios, a desatar contra ellos una “guerra santa” de purificación en la búsqueda de su exterminio.

Las sociedades cargan con una importante cuota de angustia, de miedos difusos sin objeto claro y preciso, la angustia es un miedo sin objeto. Para controlarla, las colectividades utilizan como estrategia darle un nombre a la angustia, transformar la angustia en miedo, nombrar el miedo, proporcionarle

⁵⁷ *Ibidem*.

una cara, un rostro, una piel. Y en su misma producción secreta el gesto, gesto que busca excluir y someter, destruir, aniquilar a esos objetos imaginados como generadores del mal.

“Debido a que es imposible conservar el equilibrio interno afrontando durante mucho tiempo una angustia flotante, infinita e indefinible, al hombre le resulta necesario transformarla y fragmentarla en miedos precisos de alguna cosa o de alguien. El espíritu humano fabrica permanentemente el miedo, para evitar una angustia morbosa que desembocaría en la abolición del yo [...] Occidente ha vencido la angustia ‘nombrando’, es decir, identificando, incluso ‘fabricando’ miedos particulares”.⁵⁸

La locura se convirtió en uno de los grandes miedos de Occidente a partir del siglo XV, ocupando el lugar dejado vacío por la lepra. Pareciera que el espacio de la exclusión, el espacio de lo abominable hay que mantenerlo lleno, hacer siempre de un “otro” el objeto de nuestros miedos, darle un contenido concreto a la angustia.

Este proceso, que va de la gestación del miedo a la producción del gesto; de la generación de una conciencia práctica, difusa, a la producción discursiva capaz de provocar una conciencia analítica,⁵⁹ desata la imaginación, provoca múltiples imágenes que logran cristalizarse, fijarse en una figura.

¿Qué se entiende por figura?

En su sentido geométrico, es una superficie cerrada por líneas, hace referencia a una forma y es un hecho de espacio y luz. La figura es escueta, es una síntesis del objeto, no explica, no define, produce un argumento, un sumario, una exposición, es un relato escueto; tiene la propiedad de fijarse, de volverse estereotipo, y una vez fijada, puede convertirse en fantasma, y aun en fantasma mórbido. La figura provocará una organización estricta de sentido inacabado

⁵⁸ Delumeau, Jean, *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus, 1989, p.33

⁵⁹ Véase Foucault, Michel, *Historia de la locura... op.cit.*, t.I, p.263. La conciencia analítica se halla inmersa en el plano del conocimiento, es aquella que descubre sus formas, sus manifestaciones, sus causas, es la que justifica los otros tipos de conciencia desde un discurso legítimo del saber. Es la que efectúa el aplacamiento del drama e introduce a la locura definitivamente en el silencio, habla sobre ella desde los términos del saber, negándole la palabra y tomando la forma del conocimiento.

“Los imaginarios de la locura”

en un tiempo suspendido, en que el presente se escapa irremisiblemente y deviene pasado y futuro incesantemente. Es decir, la figura no conjuga el verbo, suspende el tiempo en un tiempo sin tiempo: sincroniza, un presente hecho presencia en que el pasado subsiste y el futuro insiste sin conjugarse; es en este sentido que se fija, se estabiliza, logra cristalizarse.

Cada época imagina de una manera colectiva, produce imágenes de un cierto grado de similitud y, al mismo tiempo, produce figuras que sintetizan y sincronizan. Estas figuras fijas, cristalizadas detienen el proceso de la imaginación y quiebran la posibilidad de seguir imaginando. Las figuras empobrecen la imaginación y se hacen imprescindibles también en el proceso de percepción: dirigen y exigen una manera de percibir: se percibe a través de ellas, se convierten en ventanas a través de las cuales se observa y comprende el mundo y, a su vez, provocan sensaciones y sentimientos, preconizan una forma de experiencia.

Foucault hace evidente, en los tres momentos históricos de su historia de la locura, tres figuras de exclusión que se constituyen en las formas fijas, estereotipadas de percibir, imaginar y concebir la locura. Estas tres figuras llevan implícitas, en sí mismas, el gesto de exclusión y separación.

La primera figura que toma el miedo a la locura en la sociedad occidental es la *Nave de los locos*. Se llamaba así a los barcos que, a mediados del siglo XV, transportaban cargamentos de insensatos de un puerto a otro. Barcos repletos de locos abandonados a su suerte que llenaron y ocuparon la imaginación de los sujetos de su tiempo, población errante de locos prisioneros en la ruta más libre, el mar; prisioneros del viaje, encadenados a la encrucijada infinita. *La nave de los locos* es la figura misma de un barco a la deriva, sin timonel ni brújula, nave errante, vagabunda, inmersa en la divagación y el error.

No se lo excluye y recluye en cualquier medio, sino que esta primera exclusión lleva implícita la necesidad de devolver al loco a su fuente, a su origen; si no es tragado, absorbido por ella, podrá regresar a la sociedad renovado, habrá vencido la muerte inscrita ya en la misma locura.

La locura es pensada, en este momento histórico, como el resultado de la tentación, del pecado, de dejarse arrastrar por las pasiones de la carne y la bestialidad. Las pinturas de la época muestran al loco bajo formas aberrantes, monstruosas, deformes, aterrorizantes..., formas que aparecen en la pintura del Bosco y de Brueghel. Estamos ante una experiencia cósmico-trágica de la locura: el loco muestra las fuerzas ocultas que habitan en todo ser, es la vuelta a la animalidad sustancial del hombre, aunque guarda en sí misma un saber desco-

nocido, un saber prohibido. Esta interpretación aparece fundamentalmente en el discurso visual.

En la misma época se desarrolla una interpretación opuesta a ésta como tema filosófico, literario y moral. La locura ya no fascina, es pura debilidad, ilusión, sueño, no está ya amarrada a las fuerzas ocultas y subterráneas, sino que es humana, demasiado humana, dando lugar a una experiencia crítica de la misma, cuyo máximo exponente es Erasmo de Róterdam con su *Elogio a la locura*, en que la locura aparece como una forma de estupidez y de error, se convierte en una sátira moral capaz de desatar la risa.

Para Erasmo, la locura reina sobre todo lo que hay de bobo y desagradable en el hombre: es la ambición desmedida de los políticos; la avaricia que obliga a atesorar bienes; es también la curiosidad sin límites de sabios y filósofos...

Se produce un esquema de oposición entre una experiencia cósmica de la locura y una experiencia crítica, entre el discurso visual y el discurso verbal. Poco a poco, estas formas enfrentadas irán separándose cada vez más y se abrirá entre ellas una brecha cada vez más profunda que no podrá cerrarse jamás. La experiencia crítica se volverá hegemónica, si bien la experiencia cósmica no desaparecerá del mundo occidental, permanecerán resquicios y retazos de ella, renovada por medio del arte, la literatura y la pintura.

Al hacerse hegemónica la experiencia crítica, la figura ya no será más la *Nave de los locos*, sino el gran encierro, *El Hospital General*, figura que tiñe el paisaje de Occidente a partir del siglo XVII.

El Hospital General es la segunda gran figura de exclusión de la locura que pone punto final al viaje sin retorno de la nave de los locos, que detiene para siempre su errancia y fija a la locura dentro de los muros del encierro.

Esta figura hace referencia a los grandes internados en que eran encerrados los seres sin-razón. La locura se diluye al interior de una denominación muy amplia, la *sin-razón*, entendida como todo aquello que atentaba contra la ética del trabajo y la moral de la familia.

El Hospital no era un establecimiento médico, sino algo semejante a una cárcel, era también un lugar de suplicio y un centro de castigo. Mantenía dentro de sus muros a una población desigual: jóvenes, tanto hombres como mujeres que turbaban la tranquilidad de la familia; albergaba vagabundos y desocupados, y también a una pequeña cuota de insensatos. A fines del siglo XVII se encierran juntos: enfermos venéreos, degenerados, disipadores, homosexuales,

“Los imaginarios de la locura”

alquimistas, brujos, libertinos, suicidas, insensatos... el gran conjunto de seres sin-razón, de aquellos que se apartan de la norma social.

La sociedad ensaya un nuevo miedo: la pobreza. Ya no será más de los pobres el reino de los cielos: si los sujetos son pobres, lo son porque Dios los ha castigado. La pobreza se convierte en el signo inequívoco de la maldición divina. Para ellos el encierro, el trabajo obligatorio, el aprendizaje de los hábitos y de la moral. El loco es uno más de los seres sin-razón, seres desvergonzados y azotados por el vicio, es uno más entre pobres, vagabundos, disipadores, libertinos y miserables.

La locura es la forma más degradada e envilecida de la sin-razón, los locos no llegan a la condición de humanos, son animales, bestias salvajes. La locura coloca al hombre en el grado cero de su naturaleza.

Surge una nueva manera de imaginarla como la noche misma de la razón, como el arribo a las tinieblas pobladas de imágenes fantásticas que el loco toma como verdad y realidad.

Esta figura comienza a diluirse a fines del siglo XVIII, y aparecerá un nuevo gesto de exclusión y una nueva forma: el *Asilo*, el hospital psiquiátrico, el manicomio. La emergencia de esta figura también encuentra su punto de arranque en el miedo, en la angustia difusa que provocaba el encierro.

El *Hospital general* se convierte en el espacio imaginario del horror. En la imaginación de la sociedad todo lo siniestro, lo incalificable ocurre dentro de los muros del encierro. Esos espacios se convierten, en la imaginación de los sujetos de la época, en foco de infección y contagio de todos los males. Pero al mismo tiempo, este horror que los lugares de confinamiento ejercen sobre la población lleva consigo su contrapartida: una irresistible atracción, ya que es imaginado, también, como el lugar oscuro de los placeres perversos, del uso y abuso erótico de las víctimas... Esta figura se puebla de fantasmas plenos de horror y erotismo. Es en este ambiente imaginario que hace su aparición la obra del Marqués de Sade, sus relatos siempre tienen como escenario los lugares de encierro, los espacios cerrados. Sade pone al desnudo, con una fría claridad, ese mundo fantasmagórico que el encierro había desatado y “lo coloca en la geometría exacta del deseo”.

“El sadismo es el nombre que se da finalmente a una práctica tan vieja como el eros; es un hecho cultural de masas, que ha aparecido precisamente a finales del siglo XVIII, y que constituye

una de las más grandes transformaciones de la imaginación occidental; la sin-razón convertida en delirio del corazón, en locura del deseo, diálogo insensato entre el amor y la muerte, en la presunción sin límites del apetito [...] toda la obra de Sade [está] dominada por las imágenes de la fortaleza, de la celda, del subterráneo, del convento, de la isla inaccesible, que son los símbolos de la sin-razón. Tampoco es casual que toda la literatura fantástica de la locura y del horror, contemporánea a la obra de Sade, se sitúe, en forma fundamental, en los lugares principales de confinamiento.⁶⁰

La locura, a mediados del siglo XVIII, se separa de la sin-razón a la que se había mantenido unida por más de un siglo. Se comienza a pensar que la causa de la locura se halla en los progresos de la civilización que alejan al ser humano de su medio natural. La locura ya no es más animalidad, sino la otra cara del progreso y toma un nuevo nombre: degeneración. Comienza a realizarse una clara diferenciación al interior del encierro general e indiscriminado del siglo anterior: los pobres y miserables con buena salud serán dirigidos hacia la industria convertidos en obreros o bien enviados a poblar el nuevo mundo. Los enfermos pobres serán asistidos en el hospital; para criminales y malhechores se crea la cárcel y para los locos, el asilo, nuevo lugar de encierro en que la locura encontrará su propio suelo.

El internamiento cambia de figura, ya no será más un espacio de castigo sino un lugar de curación. Cambian las formas y los rituales de internamiento, la locura ya no es más objeto de terror ni de crítica sino que se convierte en objeto de conocimiento, debe volverse un objeto transparente para el hombre de razón, ya que en tanto conocida podrá ser dominada y abolida. Al convertirse en objeto de conocimiento se acerca cada vez más a la medicina, la psiquiatría y la neurología, se convierte en enfermedad mental.

El asilo, el manicomio se convertirá en el territorio exclusivo, en la patria de la locura y al mismo tiempo significará el punto de encuentro de la locura con la medicina; ya no se habla de locura sino de enfermedad mental.

Tres figuras han sintetizado las maneras de percibir, imaginar y concebir la locura en la historia de Occidente: *la nave de los locos*, en el Renacimiento,

⁶⁰ *Ibidem.*, t. II, p.37.

“Los imaginarios de la locura”²²

que mostraba a la locura estrechamente relacionada con las fuerzas cósmicas, las fuerzas ignotas del universo que sobrepasaban la capacidad y la potencia humana, fuerzas supra-celestes, demoníacas no referidas al hombre ni a su humanidad. En la Época Clásica, esta figura cambia, ya no la nave sino el encierro indiscriminado del *Hospital general*, la locura se une cada vez más al hombre, a sus errores y fantasmas; se desprende de las fuerzas ocultas del universo para juntarse y confundirse con la sin-razón; la locura se vuelve humana, profundamente humana, resultado del error. En la Edad Moderna, logra diferenciarse de la sin-razón para constituirse en enfermedad mental convertida en problema psicológico y médico-psiquiátrico y su figura será el *Asilo*, el *Manicomio*.

Así, desde el siglo XVIII, locura y enfermedad mental han ocupado el mismo espacio de la imaginación, el mismo espacio del pensamiento, han mantenido relaciones estrechas, indisolubles. Hoy, esa superposición entre locura y enfermedad mental comienza a diluirse, “*está produciéndose un desenlace: locura y enfermedad mental deshacen su pertenencia a una misma unidad antropológica*”.⁶¹

Por un lado, tenemos la enfermedad mental que es controlada y medicalizada en clínicas y hospitales psiquiátricos, ha entrado en un espacio técnico cada vez mejor controlado: “*en los hospitales la farmacología ha transformado las salas de agitados en grandes acuarios tibios*”; en tanto que la locura se despliega en campos muy diferentes y distantes del hospital. Pareciera que la locura anda suelta, sin encontrar anclaje seguro... pareciera que se expande por doquier, que toca ámbitos disímiles, que no deja espacio libre.

“Quizá llegue un día —expresa Foucault al final de *La Historia de la locura*— en que no se sepa ya bien lo que ha podido ser la locura. Su figura se habrá cerrado sobre sí misma no permitiendo ya descifrar los rastros que haya dejado. Esos trazos mismos, ¿serán otra cosa para una mirada ignorante, que simples marcas negras? Cuando mucho formarán parte de configuraciones que nosotros, el día de hoy, no sabríamos designar, pero que en el porvenir serán las rejas indispensables para hacer que resulten legibles nosotros y nuestra cultura. Artaud pertenecerá al suelo de nuestro idioma, y no a su ruptura; las neurosis a las

⁶¹ *Ibidem*, t.II, p.339.

formas constitutivas (y no a las desviaciones) de nuestra sociedad. Todo lo que hoy sentimos sobre el modo del límite o de la extrañeza, o de lo insoportable, se habrá reunido con la serenidad de lo positivo. Y aquello que para nosotros hoy designa al Exterior un día acaso llegue a designarnos a nosotros".⁶²

Estas afirmaciones que alcanzaron su día en 1964, poseen el aire de la profecía, tuvieron el valor de diagnóstico.

Quizá, hoy, la locura separada ya de la enfermedad mental es percibida, imaginada y pensada por nosotros, sujetos de este tiempo y ante los acontecimientos políticos y sociales que vivimos a diario, como el ejercicio desmedido del poder y la pasión sin negligencia por el exterminio que ese ejercicio lleva implícito en sí; quizá, también, imaginamos la locura como una exacerbación de la sensibilidad sado-masoquista que caracteriza a la sociedad actual, en la cual los seres humanos se juegan, ya como víctimas, ya como verdugos, sin siquiera tener conciencia ni el menor registro de ello.

La nueva figura no alcanza aún a plasmarse... sólo aparecen restos y retazos ennegrecidos como los trozos de historia que lograron escapar de las llamas y se esparcían sin destino, sobre el cielo de Bagdad, hace poco más de un año, después de los bombardeos.

La locura se va asentando hoy, casi imperceptiblemente pero sin tregua, en el discurso descabellado del poder, discurso grotesco, infame que desata en el escucha ya sea su adhesión fervorosa o bien la náusea provocada por la impotencia ante la proliferación incesante en el mundo de la política de los *Ubú Rey*, personaje cómicamente cruel, cínico y cobarde, promovido a la categoría de mito, de la obra de teatro de Alfred Jarry.

Lo *ubesco*, lo grotesco del ejercicio del poder no es un epíteto injurioso, sino una categoría precisa del poder político, es –según Foucault– uno de los engranajes que forma parte inherente de los mecanismos del poder.⁶³

En la imaginación de este inicio de siglo, una vieja figura, aunque renovada, va tomando forma y se va entrelazando con la locura. Figura que hace referencia a todos los grados posibles de la *indignidad del poder*, que va “desde la soberanía infame hasta la autoridad ridícula”, figura que emerge sin disimulos en

⁶² *Ibidem*, t.II, p.328.

⁶³ Foucault, Michel, *Los anormales*, Buenos Aires, F.C.E., 2000, p.26.

“Los imaginarios de la locura”

el mundo de la política. Esta figura no es otra que la del *Rey Ubú* que toma el rostro de todos y cada uno de los gobernantes de hoy, figura de los múltiples y semejantes “reyezuelos” grotescos que dirigen y controlan el mundo actual, apasionados en el exterminio como el penúltimo (desgraciadamente no el último) juego que han creído inventar y con el que se obsesionan gozosamente.

Pareciera que la nueva figura de la locura está alcanzando su forma.

BIBLIOGRAFÍA

- Delumeau, Jean (1989) *El miedo en Occidente*, (traducción Mario Armiño), Madrid, Taurus, (*La peur en Occident aux XIV^o et XVIII^o siècles*, Paris: Arthème Fayard, 1978.)
- Foucault, Michel (1967) *Historia de la locura en la Época Clásica*, (traducción J. José Utrillo), México: Fondo de Cultura Económica, 2 tomos. (*Histoire de la folie à l'âge classique*, Paris, E. Gallimard, 1972)
- Foucault, Michel (2000) *Los Anormales*, (traducción H. Pons), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, (*Les anormaux. Cours au Collège de France. 1974-1975*, Paris, Le Seuil/Gallimard, 1999)
- Jarry, Alfred (1976) *Ubú Rey*, (traducción E. Alonso y J. E. Fassio), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.